

Mujeres de luz y sombra

En recuerdo de Matilde Landeta

Si hay mujeres de luz y sombra, es decir de día y de noche, yo sería un eclipse ¿Por qué? Porque de manera entrañable me sucedió como a muchos de mi generación que, antes de la influencia televisiva, aprendimos que el cine era casi como la vida, o que la vida tomaba mucho del cine.

Las madres sufridas y complacientes ¿fueron primero en el cine o éste solamente expresó el acontecer de la sociedad? Las aventureras, esas mujeres que habitan el México nocturno, ¿existían antes de que el cine las inventara? Por más que intento no logro entrar en ese universo espeso del cabaret con lamparitas sobre las mesas, donde Antonio Badú le cantaba en la cara a Leticia Palma: Hipócrita.

Julia Tuñón en su libro *Mujeres de luz y sombra* (Colegio de México y Cineteca nacional, México, 1998) puede ser la clave, las señales en el camino para transitar por ese universo sugerente, inteligente por bien explicado por alguien que ha pensado con seriedad el problema; es decir, la construcción arquetípica de las mujeres creadas por el cine mexicano. Allí están las cabezas blancas y las que terminan en

el burdel, las madres y las cabareteras, las que sufren y las de las miradas lascivas y ojos vengadores que se pasean por el antro mientras la orquesta arremete con una canción de Agustín Lara.

Además de la teorización sistemática de la autora, se propone llevarnos como Orfeo a los infiernos más profundos, porque hay más del Averno que de cielo en ese universo definido por la presencia ineludible de mujeres títulos-mujeres-con-nombre-de-película: *Doña Diabla, Hipócrita, Aventurera, Apasionada, Callejera, Cortesana, Devoradora, Divorciada, Insaciable, La otra, Trotacalles y Usurpadora*. Mujeres que encuentran en el amor no lo más glorioso, sino la culpa que viene del *Amor de la calle*, de *Amor y Pecado*, de *La casa chica*, de *Una mujer sin destino*, de no poder explicarse ¿Por qué pecan las mujeres? Y por qué hay *Mujeres sin mañana*.

Las mujeres quieren divertirse, pasarla bien para evitar caer en ese otro infierno que comienza con el *Anillo de compromiso*, sigue con *Cásate y verás*, que ni *Cinco minutos de amor* porque viene *El dolor de los hijos*, *Madrecita querida* y el alto honor de transformarse en *La gallina Clueca* para llegar a *Ya tengo a mi hijo*; y *Cuando los hijos se van* hay el riesgo volverse *La loca* o de enfrentar *Un divorcio* y que los hom-

bres vayan por ahí hablando de *La mujer que engañamos*, para que los *Hijos de María Morales* puedan leer el *Diario de una mujer* o el *Diario de mi madre* cuando ya seas como *Doña Perfecta* o estés convertida en *La abuelita*.

Y en medio de los extremos, el aunque no tan neutral México provinciano en *Allá en el Rancho Grande*, ¡Ay Jalisco no te rajes!, *Jesuita en Chihuahua*, *Los tres huastecos*, o el de pretensiones históricas como *Mexicanos al grito de guerra*, *El globo de Cantolla*, ¡Ay, qué tiempos, señor don Simón!, *México de mis recuerdos*, *Los cristeros*, *El Escuadrón 201* que deambulan entre la exaltación del patriotismo estrecho y el conservadurismo de la mujer, en torno a la cual se organiza la familia.

Quizás lo que sí atraviesa toda esa nomenclatura que va creando los arquetipos de las mujeres sea el melodrama, como el terreno para explicarse la contradictoria realidad; en él el cine mexicano encontró una veta profunda del imaginario colectivo, ese que según Julia plantea los lugares comunes de la construcción fílmica del género en los años cuarenta. Encontrar las expresiones del amor, de la maternidad, de la sumisión femenina, aquello que expresa bien Juan Orol en un diálogo de *La diosa de Tahití*:

—Paula, hay algo que me preocupa: su modo de vivir no corres-

ponde con su persona. Usted debería tener otra clase de vida.

—Dicen que cada quien tiene la que merece.

—Usted merece algo mejor.

—¿Qué?

—Pues, como un hombre que la quiera buenamente, que la ponga en el hogar en que debe estar.

En *Que Dios me perdone*, María Félix, replicaría:

Eres un hombre acostumbrado a comprar todo. Ahora quieres comprar una mujer. Es muy legítimo deseo: visitarla, satisfacer sus caprichos, ostentarla orgullosamente ante los amigos, tanto más si es atractiva. ¡Qué vale la idea de una mujer ante tus millones! ¿Pueden ellos saber si tengo un espíritu que vibra? Acepto, pero guárdate de decirme que te quiera.

Marga López en *Dueña y señora*, reacciona aparentemente de otra forma, porque ella no se cree lo que tiene que decirle al hombre:

—Te quise, me quisiste, fue un amor maravilloso. Lo acepto. Ahora hay que volver a la realidad.

—Después de lo que ha pasado entre nosotros, soy el único hombre que puede, que debe casarse contigo.

—¿Me estás ofreciendo una reparación?

—Te ofrezco lo que cualquier hombre que se considera digno te ofrecer.

—¡Sí, claro!, me ofreces tu nombre... ¡Eres un quijote!

—¿Un quijote porque creo en la dignidad que tú niegas?

Con Julia Tuñón podemos acceder con una metodología sólida a ese universo tan disperso y poco organizado de la mujer en el cine mexicano. La trivía para ella se vuelve un instrumento auxiliar, un cuerpo que está allí pero sin armadura y ella decide construirla armando ese rompecabezas del doble discurso en *Doña Perfecta*, de la falsedad enfrentada a la verdad más apabullante de *La Malquerida*, de las palabras equívocas en *Dos tipos de cuidado* (aunque también prevalece ahí la moral convencional), de las soluciones esperadas en *Acá las tortas*, de llorar porque sí en *Nosotros los pobres*. De las tramas confusas que cambian en el último momento: la mala era la buena y la buena era la mala como en *Trotacalles* de la querida Matilde Landeta. En fin, como nos recuerda Julia, prevalece aquello de la cuerda se revienta por lo más delgado, porque la mujer es una sola desdoblada en muchos mitos o, arquetipos, como ellas les llama.

Si soy eclipse soy parte de esa constelación, crecí pensando que las mujeres eran una combinación de María Félix, Ninón Sevilla, María Antonieta Pons, Leticia Palma, Rosa Carmina, con un tránsito en

el que estaban Marga López, Libertad Lamarque y Esther Fernández, hasta llegar a Sara García y Prudencia Griffel; por ello el arquetipo masculino no podía ser tan variado y no había más que los Pedros: Infante o Armendáriz, si acaso Arturo de Córdova o Julián Soler para enfrentarse a esa hidra de múltiples cabezas con un solo cuerpo como es la mujer en el cine mexicano: abuela, madre, hija, casada, seducida, abandonada, amante, prostituta, virgen y mártir.

Mujeres de luz y sombra nos obliga a reflexionar sobre México, sobre la mujer y los valores que han pesado sobre ella. Quizás un análisis que rebasara el tiempo tan fundamental de la llamada Epoca de oro, que se propuso la autora, daría más tesitura a su objetivo porque hasta recientemente han aparecido mujeres que a duras penas se sobreponen, al peso de los arquetipos estructurados a lo largo de los años del cine mexicano: *La mujer de Benjamín*, *Lola* o todas las mujeres vistas por directoras mujeres como Marcela Fernández Violante, María Novaro, Busi Cortés y un afortunado etcétera.

Mujeres de luz y sombra es un buen conducto para entender la visión sobre la mujer que expresa las concepciones ideológicas o ideologizadas que lamentablemente siguen cargando sobre sus espaldas

la mayoría de las mujeres mexicanas. Eso que es ejemplificado con el espejismo promisorio que ve Blanca Estela Pavón en *La mujer que yo perdí*, cuando Pedro Infante le canta La casita. Se trata de lo inasible como los hombres hemos visto a las mujeres de carne y hueso en una combinación de la ternura de La Chorreada, el carácter de *Doña Bárbara*, divertida como Silvia Pinal, sufridora como Libertad, maternal como Sara García, elegante como Dolores, cariñosa como Ninón, educada como Rebecca Iturbide, altiva como Elsa Aguirre, egresada de la UNAM como Andrea Palma en *Distinto amanecer* o delicada como Crucita en *Allá en el rancho grande*.

Se trata pues de un bagaje cultural que ha contribuido a distorsionar la percepción de la mujer mexicana, sumergida en un mun-

do en el cual han prevalecido los valores de una sociedad machista, paternalista y autoritaria. Julia Tuñón quiere desacralizar esa imagen amañada para entender el arquetipo de la mujer y ubicarlo en su justa dimensión. Lo mejor que se puede hacer con libro este es leerlo para gozar con las imágenes que ha seleccionado, que apoyan lo que el texto dice, para que cada quien llegue a sus propias conclusiones, para que cada quien exorcise a sus fantasmas y piense con seriedad en el retrato de la mujer mexicana que el cine ha transmitido.

Carlos Martínez Assad

Julia Tuñón, *Mujeres de Luz y sombra* (Colegio de México y Cineteca nacional, México, 1998).